

## Estantigua, hostis, antiqua, huestia, güestia y... hostia

No hace aún mucho tiempo en cierto trabajo que dediqué al inolvidable Carlos Clavería<sup>1</sup>, tuve ocasión al glosar una curiosa broma, de que quisieron hacer víctima al inefable viajero Jorge Borrow durante su visita a Oviedo, de referirme a esa extraña creencia asturiana que se materializa en la Huestia, manifestación fantasmal, —Güestia en *patois* astur— *estantigua*, en román paladino. Hay más nombres para esta creencia, que más al N.W. así en Galicia y Portugal se materializa en la denominada *Santa Compañía*, al aludir bajo dicho nombre a una procesión de fantasmas muertos o ánimas en pena, que se presentan ante el mortal de turno, con distintos fines, desde el recordarle una promesa, pedirle que les tenga presentes en su misma existencia, o, incluso, anunciarle en macabra premonición su misma muerte.

Aun cuando el tema no sea quizá muy adecuado para dedicárselo a un entrañable amigo en una corona de estudios y trabajos, tras consultarlo con el propio interesado, al que ha encantado por lo de original y nuevo que pueda decir un antropólogo o etno-historiador en la cuestión y al estudiar las connotaciones de tales términos, he tenido mis dudas sobre su oportunidad. No obstante, al irle hincando el diente,

---

(1) JOSÉ MANUEL GÓMEZ-TABANERA. *La Asturias que conoció George Borrow*. «Arquívum», núm. Oviedo, 1974 (homenaje a Carlos Clavería).

he penetrado en su formidable trascendencia, que ha vencido todos mis escrúpulos, haciéndole considerar tan digno o más, que cualquiera que pudiera haber sugerido para esta ocasión, la de la celebración de Bodas de Plata de Emilio Alarcos, con la Universidad de Oviedo.

La voz «estantigua» va cayendo cada vez más en desuso pese a que aparece con frecuencia en la literatura hispana, con el sentido de «visión fantasmal, que se ofrece a la vista, por la noche, causando espanto y pavor». En este sentido, aparece utilizada muy tempranamente en obras como *La Celestina* de Francisco de Rojas, cuando vemos a la vieja alcahueta, cuando va a buscar a Areusa a su propia alcoba y la moza musita aburrída: «¡Balala el diablo a esta vieja conque viene como estantigua a tal hora!...», Lope de Vega, cuando en su comedia *Engañar a quien engaña*, (cf. Obras, tomo V, ed. R.A. Española, 1918, pág. 202), donde el criado Tacón exclama al encontrar a su amo al que no hallaba:

—Gracias a Dios que te veo  
 gracias a Dios que te hallo,  
 que te toco y que me miras  
 ¿pues ceño me das en pago  
 del haber sido estantigua  
 de todo aqueste palacio?...

y la precocísima doña María de Zayas Sotomayor (Cf. *Novelas Ejemplares* 1764, «El castigo de la miseria»), al referirse al avariento don Marcos, cuando se encuentra de pronto con su mujer, sin adobos, postizos y afeites, e incluso sin peluca, le parecía ver una estantigua. Claro que aquí, quizá pudiera verse una segunda ficción, también recogida por el Diccionario de la Academia, cuando dice que figuradamente, estantigua es... «persona mal vestida, seca y alta».

¿De dónde procede este nombre, cuya etimología ha dado lugar a tantas elucubraciones, desde que el famoso Maestro Covarrubias intentó hallar en su *Tesoro de la Lengua Castellana?* (Madrid, 1674, 269, tomo I). Hoy ya, quizá, podemos decir algo coherente. Es curioso que Covarrubias estuvo a punto de acertar cuando hablaba de algo que «se pone de-

lante de los ojos del que quiere espantar» e incluso nos habla que podría venir de «estatua», aludiendo a la figura o representación de una persona difunta. Sería empero el nórdico Munthe, con su ecuación (estantigua=huestia antigua), quien hallase la solución, que por otra parte estaba al alcance de cualquier hispano que como Munthe hubiese leído el *Tratado del calor natural*, del Dr. Villalobos (cf. *Obras*, Zaragoza, 1544, folio XXIX) que al querer explicar que como quiera, se había expresado: *no sabemos si es alguna fantasma que aparece a unos y no a otros, como trasgo, o como la hueste antigua*

¿Hueste? También las Autoridades utilizan tal voz, aunque quizá con un significado distinto, en el sentido de «indeseable», diablo o la misma muerte. Tempranamente incluso surgiría *Huestia*, que se transformó en Asturias en *Güestia*. La derivación está clara: de la voz latina *hostis* que significa enemigo, y que por extensión se utilizó antaño para nominar al diablo, «*hostis antiquus generis humani*», enemigo antiguo del género humano. A nadie puede extrañar que don Ramón Menéndez Pidal derivase la expresión *hostis antiquus*, la que ya en romance *huest antiguo*, conservando *huest*, su significación de «enemigo» que con el tiempo sería absorbida por la significación vulgar de «hueste», dando lugar a la «hueste», la huestia, la multitud enemiga, el ejército, pero también algo de lo que más vale no hablar (¡eres la hostia!), hasta el punto que la voz se confundiría con otra sacra, cuya mención en el lenguaje coloquial se antojaría blasfemática, irreverente, e incluso de mal gusto. La asimilación parece clara, aún cuando otros autores peninsulares, como doña Carolina Michaelis de Vasconcellos, sacándole punta a la interpretación de Menéndez Pidal, prefería ver la derivación más que de «*hostis antiquus*» de *hostis antigua*, el ejército antiguo, lo que quizá parecía encajarse más por el significado de multitud, cuadrilla, turba, e incluso «compañía», como se dice en Galicia. Tal interpretación no parece, por otra parte, descabellada, e incluso nos convence más que la de Menéndez Pidal, tanto más cuando «hostis»=(huestia=enemigo) para designar al diablo o a Satanás, tiene que ser relativamente tardía y a nuestro juicio, bastante antes de que se asimilase dicho con-

cepto al Maligno de la religión cristiana, ya existía, fruto de la experiencia religiosa impuesta desde milenios atrás, en un momento del Neolítico avanzado, que en ambas vertientes de la Península, se configuran determinadas creencias en una trasvida y que se manifiestan en enterramientos colectivos (dólmenes, mamoa, cripta, etc.) que trajo consigo un culto a los antepasados y asimismo un saludable temor a sus apariciones, llevadas a cabo en circunstancias particulares.

La voz «hostis antiqua», que acabaría quizá fundiéndose por el concepto de «hostis antiquus», de acuerdo con la dialéctica de los Padres de la Iglesia, convertiría el mito megalítico de la trasvida, en espectros o almas en pena, en «procesión de demonios» en la mayoría del mundo occidental<sup>2</sup>. No ocurriría así sin embargo en aquellas partes de Europa en que sobre el sustrato de las gentes que enterraron a sus muertos en tumbas colectivas megalíticas, se impuso la civilización céltica con sus aportes animistas, que a la larga fecundarían las viejas creencias, haciéndolas trascender no sólo de la Romanización, sino incluso de la Cristianización posterior.

### *EL LEGADO DEL PASADO*

Aun cuando desde las primeras manifestaciones del Megalitismo a finales del Neolítico, hasta nuestros primeros barrruntos de la llamada Celtización quizá transcurran más de dos milenios, no parece que pueda ponerse en duda que haya sido en este lapso de tiempo, cuando haya podido configurarse el mitologema de la Huestia, que a nuestro juicio adquirirá una en la Europa atlántica, coincidiendo con aquellas áreas en que proliferaron los enterramientos o sepulcros megalíticos ya en dólmenes ya en tumbas de corredor. El estudio de este hecho se nos presenta hartamente más complejo si cabe si tenemos en cuenta que frecuentemente se da una clara aculturación del legado místico y patrimonio cultural que tales

---

(2) Cf. sobre la cuestión FERNAND NIEL. *La civilisation des Mégalithes*. París, Plon, 1970, págs. 57 y ss.

formas de funebria constituyen, por sus aportes como «aculturación» a la mística indo-europea, representada desde fines del Bronce y con toda seguridad desde inicios de la Edad del Hierro por gentes celtas y celtizadas. Ignoramos si de este fenómeno es consciente algún antropólogo o algún prehistoriador de la misma manera que podría serlo de otros fenómenos culturales como, pongamos por caso el que se manifiesta en el mapa que reproducimos y que registra la eclosión y pervivencia folklórica de las procesiones de Gigantes y Cabezudos desde Turquía hasta la Europa Atlántica y que parece indicarnos una singular coincidencia entre los caminos de difusión que tradicionalmente dan ciertos arqueólogos de determinadas creencias megalitistas desde el Próximo Oriente a la Europa Occidental.

En el caso de la Huestia se da un hecho: sólo en los países *celtizados* con claro estrato megalítico cabe aún hablar de la existencia de esta creencia vigente en el folklore. Así en Galicia, donde ha sido estudiada la Santa Compañía por Vicente Risco, Jesús Taboada Chevite y algún otro. Así también en Portugal, donde ha sido objeto de muy curiosos trabajos monográficos y desde luego en el Principado de Asturias, configurando la creencia en la llamada Güestia y cuya existencia nos obliga a buscar posibles conexiones con otras consejas similares más o menos emparentadas y que aún perviven en regiones limítrofes.

La existencia y pervivencia de la creencia en la Huestia en áreas de la vertiente atlántico-europea que conocieron el megalitismo, así como la gran profusión de bibliografía sobre el tema, bien conocida por etnógrafos y folkloristas, parecen probar viejas conexiones entre supersticiones vinculadas al culto tradicional a los muertos, con el que practicaron, ya las «gentes de los megalitos», ya los denominados celtas, aun cuando quizás sea necesaria ver una especie de «ruptura», fruto de sucesivas alienaciones que han ido produciéndose desde el Eneolítico hasta los tiempos históricos.

Los prehistoriadores e historiadores de las religiones primitivas ven no obstante en el culto megalitista a los muertos

tal como ha llegado hasta nosotros, toda una serie de dogmas, relacionados con un culto al fuego, a la luz, y quizá al sol. Así, se considera al fuego como una especie de emanación del dios supremo que purificaba el alma del muerto, constituyéndose en símbolo del mismo (y dando lugar a asimilaciones bien conocidas como la de los llamados «fuegos fatuos» con las almas de los muertos) y convirtiéndole en una especie de poder doméstico protector de la familia o del grupo parental. Creencia ésta, que, a veces, inspirara la temática del llamado arte eneolítico esquemático a manifestarse en grabados ejecutados sobre los ortostatos de los dólmenes o sobre canchales o roquedales de lugares que se suponen frecuentados por los espíritus de los antepasados o las almas de los muertos.

Creencias como éstas, también pueden quizá darnos puntos de partida a la hora de elaborar, como antropólogo, hipótesis de trabajo en las que la Santa Compañía, la *Güestia* y otras manifestaciones parecidas que encontramos en el N.W. hispánico y en la Europa atlántica, quizá estén estrechamente relacionadas con creencias como la metempsicosis y la inmortalidad de las almas, que adquirirán enorme transcendencia en el ámbito indoeuropeo. Puede aceptarse que los celtas mismos en su expansión y al llegar al litoral atlántico las encontraron ya vigentes entre las gentes que les habían precedido en sus asentamientos, respetándolas e incluso fertilizándolas con sus propias aportaciones, incluso admitiendo la inmortalidad del alma bajo la forma de una misma vida que continuaba. Por lo que respecta al «más allá», al asentarse en las regiones costeras no tardarían en imaginarle como una isla feliz situada al Occidente, en pleno Océano Atlántico, hasta la que quizá podría llegarse navegando. Los difuntos que habitaban dichas islas eran perennemente jóvenes y bellos y en la misma se encontraba todo lo digno de ser amado en la tierra: música, vida regalada e incluso el incentivo de la guerra. Concepción ésta en cierto modo paralela al Amentit egipcio, o el Hades helénico, aunque quizá más similar a aquella desarrollada por los melanesios de las islas Trobriand, que sitúan su paraíso en una isla imaginaria llamada Tuma, «si-

tuada al noroeste». Allí, invisibles para los ojos mortales, ajenos a las inquietudes del mundo, los espíritus llevan una existencia que se asemeja mucho a la vida ordinaria de los trobriandeses, aunque mucho más agradable.

Ahora bien, ¿existiría entre las «gentes de los megalitos», configurada tal creencia? O bien creyeron simplemente en un infierno, tal vez la lejana Brittiā misteriosa y llena de brumas, morada perpetua de los muertos que embarcaban desde la Armorica con destino a ella. No podemos afirmarlo tajantemente aunque sí sólo constatar un hecho: que la Armorica es tierra de megalitos, —cuantitativamente supera al resto de Europa— pero también lo son concretas regiones de la Península Ibérica en que se manifiestan creencias semejantes. Así tenemos la región del Cabo de San Vicente, llamado por los antiguos Promotorium Sacrum, lo que quizá equivaie a llamarle Promontorio de los Muertos, y al que Estrabón consideraba el punto más cercano al ocaso de toda la Ecu-mene. Es obvio que al Cabo Finisterre se le dio tal nombre por terminar en él la tierra, que el Finisterre de Bretaña encierra el mismo concepto al igual que Land's End, en Cornualles (S.W. de Gran Bretaña) del galaico Cabo de Ortegal conocido por los antiguos como Promontorio Artabro, el naturalista Plinio nos dice que separaba «tierras, mares, cielos»: hoy se le llama «cabo d'o mundo» y en él se encuentra enclavada la capilla de San Andre de Teixido.

Henos ante lugares extremos, con fines de la tierra en que habitaron o esperaron los muertos... Ello no sería óbice para que siguieran viviendo, sino bajo tierra, en los sepulcros en que les albergaron sus deudos, que entre sus más tenaces preocupaciones, hasta que transcurriera un determinado lapso de tiempo, sería el llevar sustento o alimentos al muerto con objeto de que, tranquilos, no molestasen a los vivos, saliendo de sus tumbas y manifestándose en terrorífica procesión nocturna de almas en pena.

El obligado «mantenimiento» del muerto, así como el culto que se le rendiría a los decesos durante el Eneolítico e incluso durante la Edad de Bronce, explica quizá una particu-

lar configuración que se da en determinados sepulcros megalíticos, sobre todo dólmenes y sepulcros de corredor (allées couvertes) y otros simulacros similares, obra de las «gentes de los megalitos». En alguno de estos monumentos funerarios se nos presenta muchas veces una lastra lítica plantada más baja que las otras y dejando una especie de vano entre ella y la cubierta, de manera que permita por un lado el introducir ofrendas en la cámara y por otro, la libre salida del difunto, «cuando a éste le apetezca». A veces incluso los sepulcros megalíticos presentarán una antecámara separada de la cámara principal por una pared transversal, con un vano en su parte superior. Este hecho quizá pudiera ser vinculado a la existencia de los llamados «agujeros para las almas» especie de gateras bien patentes en muchos dólmenes oradando un ortostado. El orificio, por lo general hecho con cuidada regularidad, se presenta ya cuadrado ya redondo y su función ha dado que pensar a más de un especialista, cuando no se ha decidido en ver en él otra cosa que un simple orificio para introducir ofrendas, alimentos o ex-votos a los decesos contenidos en el sepulcro.

No obstante es discutible que tal fuera la función de dicho orificio o agujero, que en los dólmenes de la región caucásica alcanza una extraña perfección, más si se tiene en cuenta que muchos de los dólmenes tal como han llegado hasta nosotros sólo son cámaras líticas, exentas, a las que la erosión natural o determinada circunstancia han privado del túmulo o montículo de tierra o guijarros que le cubrían constituyendo el llamado cairn y que en su origen también tendría que cegar el orificio o gatera en cuestión.

Por otra parte, tenemos, sin embargo, la interpretación dada por aquellos estudiosos que han explicado el llamado «agujero del alma»: para posibilitar la salida del alma del deceso, elaborando tal interpretación de acuerdo con las tesis animistas que quieren explicar la vida de ciertos pueblos primitivos de acuerdo con tales conceptos. Choca sin embargo al reflexionar sobre la cuestión ya bajo una disyuntiva, ya bajo otra que a ningún estudioso se le haya quizá ocurrido pensar cómo debieron imaginar las «gentes del megalitismo» a las al-

mas de los difuntos. De todas maneras las gateras o agujeros del alma se nos presentan siempre lo suficientemente grandes para dejar pasar el cuerpo de un hombre de mediana corpulencia. Este hecho, de por sí ya es profundamente significativo por dos cosas: de admitir que realmente nos encontramos con que tales orificios hayan cumplido dicha función mítica, el megalitista otorgaba al espíritu del muerto una naturaleza *material*, como es material el invisible viento que desgaja un roble; como es material el agua que pese a ser visible es a la vez invisible (= transparente). La misma naturaleza material de los espíritus de los muertos obligaría, pues, a ejecutar la gatera en cuestión, para que pudieran los decesos salir fácilmente de su tumba y deambular cuando les pluguiera por el mundo exterior. En segundo lugar, el «agujero del alma» podría cumplir una función inversa: el que los vivos pasasen al ámbito de los muertos, cumpliendo determinados rituales de los que tenemos constancia en algunas ocasiones. Entre éstos, naturalmente, no puede descartarse la introducción y renovación de ofrendas sepulcrales, cuya realidad no puede negarse en manera alguna.

La salida, más o menos extemporánea, de los muertos de sus tumbas a la vez que la creencia de que la trasvida se desdoblase según los casos ya en una existencia que seguía siendo *corporal* para los que tenían cuentas que ajustar en un infierno, ya en una existencia espiritual que sólo conocerían los justos, nutriría la experiencia religiosa de muchos pueblos de la Europa prehistórica y protohistórica. A los decesos que integran el primer caso son a los que se referirán elaboraciones como la de la Santa Compañía galaica o la Güestia asturiana, remedos de aquellas que conocería Ulises en su viaje a los infiernos, en el País de los Cimerios, cuando se impone el interrogatorio de Tiresias (Odisea XI) y cumpliendo el debido ritual hará acudir en tropel las almas de los difuntos que podrá ver con toda claridad, con sus formas humanas completamente normales, distinguiendo las mujeres de los hombres y las doncellas de las viejas. Incluso las huellas que ha dejado el sufrimiento en el rostro de cada uno de ellos;

apreciando sus vestiduras y asimismo los soldados las armaduras aún manchadas de sangre.

¿Puede entonces hablarse de la «materialidad» del espíritu del muerto y que, de acuerdo con tales concepciones, son así como se manifiesta la Huestia al vivo? Henos ante un interrogante no aclarado, pero que al parecer da vida a creencias similares en otras regiones del mundo. Así por ejemplo en Samoa, según registró M. Mead, «la joven teme aventurarse en la noche, plagada de... fantasmas que estrangulan, llegados en canoas desde lejanas aldeas para secuestrarla, que saltan a la espalda y de los que uno no puede desprenderse»<sup>3</sup>. Idea ésta que «hace materiales» a los espíritus, porque si no lo fueran ¿Cómo podrían estrangular, agarrarse, etc., etc.?

Otro conocido antropólogo contemporáneo, B. Malinowski, parece hacerse eco de tal concepción al narrarnos cómo en el Archipiélago de las Trobriand, «durante la fiesta anual de la *milamala*, los espíritus (de los muertos) retornan desde Tuma a sus aldeas. En ellas se levanta una plataforma para que puedan acomodarse (los espíritus) y desde allí puedan contemplar lo que hacen sus hermanos y cómo se divierten. Se prepara la comida en grandes cantidades con objeto de alegrar los corazones de los difuntos y los de los miembros vivientes de la comunidad... Entre tanto, en la aldea se observarán numerosos tubúes para salvaguardar de daños a los espíritus invisibles. Así, no deben verterse líquidos calientes, pues podrían quemarse los espíritus. Ningún nativo puede sentarse; tampoco está permitido cortar madera dentro de la aldea, andar con lanzas o palos o arrojar proyectiles, no sea que hiera a un *Baloma*, esto es, a un espíritu»<sup>4</sup>.

El retorno de los muertos desde el «otro mundo», materializadas sus almas si no en sus mismos cuerpos, en «dobles» semejantes, puede admitirse en las culturas megalíticas de la Europa atlántica, con independencia o no de que éstas, en parte o totalmente, puedan ser subsidiarias o fruto de co-

(3) MARGAARET MEAD. *Adolescencia y cultura en Samoa*. Buenos Aires, 1946.

(4) B. MALINOWSKI. *El mito en la psicología primitiva*. Buenos Aires, s.d.

rrientes culturales provenientes del Creciente Fértil (Próximo Oriente). La creencia, indudablemente, hubo de forjarse en círculos desconocedores de la cremación y que podríamos considerar como pertenecientes a horizontes pre-indoeuropeos. Los esqueletos de los decesos, se nos aparecen en los sepulcros megalíticos siempre enterizos, ya extendidos ya con las extremidades ligeramente flexionadas, presentándose las osamentas boca arriba o sobre un costado, no dándose la postura fetal acostada (*liegende Hocker*). Es importante señalar que, en ocasiones, en los dólmenes sepulcros de corredor se hallan huellas inconfundibles de haber sido encendido un fuego ceremonial y a veces, junto a él, huesos sin calcinar o quemar de bóvido y cerdo o jabalí, indicio de trozos de carne o tasajo depositados en la tumba como ofrenda alimenticia. Finalmente cabría llamar la atención en el hecho de que los sepulcros megalíticos, —al menos en la Península Ibérica— se nos presentan ya con carácter de sepultura individual ya colectiva. No cabe en manera alguna dar aquí nuestros personales puntos de vista sobre tal cuestión, fruto de la consideración de grandes inventarios como los de G. y V. Leisner<sup>5</sup> o trabajos monográficos como los debidos a M. Almagro Basch y A. Arribas<sup>6</sup>, P. R. Giot<sup>7</sup>, G. Daniel<sup>8</sup>, F. Niel<sup>9</sup>, D. J. Wölfel<sup>10</sup>, D. Roche<sup>11</sup> y algún otro que sentimos no poder recordar aquí, pero que parecen haber demostrado que, en un determinado momento, la mística de las «gentes de las tumbas megalíticas» impuso la sepultura colectiva, que, incluso siglos más tarde, sería utilizada para inmunizar a otras gentes que muy posiblemente pertenecieron a contextos culturales distintos

---

(5) G. y V. LEISNER. *Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel*, (Berlin, 1943 *passim*).

(6) M. ALMAGRO BASCH y A. ARRIBAS. *El Poblado y la Necrópolis Megalíticas de Los Millares*. Madrid, Instituto de Prehistoria C. S. I. C., 1963; A. ARRIBAS. *Megalitismo peninsular*. I Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica. Pamplona, 1960.

(7) P. R. GIOT. *Bretaña*, Barcelona, Argos, 1962.

(8) GLYN DANIEL. *The Megalith Builders of Western Europe*, London. Hutchinson University Library, 1958.

(9) F. NIEL, *Loc. cit.* en nota 2.

(10) D. J. WOLFEL. *Las religiones de la Europa pre-indogermánica*, en vol. I de Cristo y las religiones de la Tierra, B.A.C., Madrid, 1960.

(11) DENIS ROCHE. *Carnac*, Paris, Ed. Tehou, 1973.

incluso cuando ya empezaba a imponerse la cremación como forma principal de sepultura a finales de la Edad de Bronce.

### *Del mito megalítico al Imperio de la Tradición*

No sería demasiado aventurado el buscar relaciones o conexiones entre las realidades que ofrece la arqueología prehistórica y las que cabe preveer en determinados mitos y leyendas populares aún vigentes en la Europa atlántica. ¿Podría acaso creerse que aquellas elaboraciones fruto de la superstición popular hayan podido tener sus raíces en el mundo megalítico? He aquí el interrogante que nos planteamos, si cupiera identificar la Huestia, procesión de almas nocturnas de almas en pena, con el contenido macabro de más de un monumento funerario megalítico. Pese a posibles rupturas, nuestra hipótesis tiene ciertos visos de similitud, sobre todo cuando se la someta a examen, teniendo a la vista una serie de creencias y consejas del noroeste hispánico y Portugal. Así, en Galicia, la Huestia o Santa Compañía se corporiza *materialmente* en una procesión nocturna de almas en pena, —*hasta a noite*, las llamarán con cuidadosa perifrasis en el Valle de Limia—, con la que cualquiera puede toparse cualquier noche al transitar por carreiros o corredoiras aldeanas. Macabro desfile éste, que quien lo ha visto o se lo ha imaginado en sus delirios calenturientos los describe con un siniestro personaje al frente, portador de una cruz (dos simples palos cruzados y un paño negro y llevando a la zaga un perro que aúlla lastimeramente. Al desgraciado que topa con la Santa Compañía, no le queda otro remedio que trazar a toda velocidad un círculo mágico que le proteja, o si tiene ocasión y está cerca la opción de abrazarse a un crucero, «ya que naide pode ter duas cruces a un tempo». Tal es la Santa Compañía que en Galicia como procesión de aparecidos recibirá distintos nombres: estadea, antaruxada, estantiga, hostilla y pantalla. Claro que muchos harán diferenciaciones. La Santa Compañía es toda una procesión de almas, los otros nombres designan a fantasmas individuales, almas singulares, vagabundas que salen de los cementerios o de la fosa en que reposa

su triste osamenta. Su función puede considerarse premonitória. Como anotó el inolvidable Taboada, son almas peregrinas, como aquellas del Romance del Camino de Santiago (= Vía Láctea), que recogió J. Menéndez Pidal del acervo popular asturiano:

—En camino de Santiago  
iba un alma peregrina,  
una noche tan oscura  
que ni una estrella lucía;  
por donde el alma pasaba,  
la tierra se estremecía;  
arrimose un caballero  
a la ventana y decía:

—Si eres cosa del demorgo,  
de aquí te esconjuraría,  
si eres cosa de este mundo,  
dirasme lo que querías...

—No soy cosa del demorgo,  
conjurarme non debías;  
soy un alma pecadora  
que para Santiago diba;  
hallara un río muy fondo  
y pasarlo non podía...

El caballero entonces encendería unas velas y sería pasado por el alma... <sup>12</sup>.

Almas todas ellas desocupadas hasta su glorificación, que piden sufragio, que encargan votos a aquellos que cumplieran durante su ceadora vida; muertos que no lograrán la paz hasta que su cuerpo sea sepultado. Condenados por delitos comunes, gentes martirizadas por La Santa Hermandad, cuyos pobres restos han dejado en la Picota ejemplar para sustento de las aves de rapiña. Pero también frailes goliardos que han vivido en perpetuo pecado y que no pueden entrar en el infierno con el hábito que llevan, como aquel de la cé-

---

(12) J. MENÉNDEZ PIDAL, *Poesía popular*, Madrid, 1885, pág. 223.

lebre leyenda de Monterrey, ciudad donde aún se enseña al forastero el sitio de la aparición.

Docenas de consejas perduran tanto en Galicia como en Asturias en torno a la Santa Compañía o Güestia, muchas de ellas bien conocidas ya por los folkloristas. Constantino Cabal se entretuvo, hace ya bastantes años, en recoger muchas de ellas, emulándole en su labor Aurelio del Llano y Roza de Ampudia<sup>13</sup>. Henos ante un mundo soterrado de cuyos horrores aún tienen bastante que contar los viejos de las aldeas en curiosas consejas y relatos que hoy, desgraciadamente, van olvidando y desapareciendo en el alba de una nueva Civilización.

J. M. GÓMEZ-TABANERA

---

(13) C. CABAL. *La mitología asturiana. Los dioses de la muerte*, Madrid, 1925, págs. 334 y ss.: AURELIO DEL LLANO Y ROZA DE AMPUDIA. *Del folklore asturiano* (2.º edición), Oviedo, 1975.